

11 Sept 2018  
9:30  
Roberta Peluso

## Que a todos se les reciba como a Cristo – RB 53, 1 SPANISH

Por Hna. Roberta Peluso, osb  
CIB – Región 11 – Brasil

### 1. INTRODUCCIÓN

Del mismo modo como Santa Escolástica salió de su comunidad para encontrarse con su hermano San Benito para juntos loaren a Dios en santos coloquios, también nosotros hemos dejado a nuestras comunidades y monasterios, atravesamos los mares, traspusimos montañas y cruzamos los aires para encontrarnos aquí en Roma y abrir el oído de nuestro corazón para escuchar lo que Dios quiere decirnos hoy. Así como Jesucristo estaba presente al encuentro entre San Benito y Santa Escolástica hace quince siglos, pues que Él dijo que «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy en su medio» (Mt 18, 20), asimismo hoy Él está presente aquí en medio a nosotros en este Simposio.

Cada una de nosotras trae en su bagaje de viajera las variadas realidades de sus monasterios y comunidades esparcidos alrededor del orbe, para ser compartidos aquí en Roma. Somos agradecidas por la oportunidad que la CIB nos ofrece, para que reflexionemos sobre los valores de la vida benedictina, que perduran a lo largo de los siglos, y para concientizarnos acerca de lo que el mundo contemporáneo requiere de nosotras, benedictinas. Los simposios de la CIB, cuyos temas nos invitan a vivir nuestra espiritualidad con más ardor y profundidad, son un verdadero oasis en nuestra senda cristiana y nos enseñan a «escuchar con el oído del corazón», como se propuso en el Simposio del 2014. En este año de 2018 se nos invita a reflexionar acerca del valor de la hospitalidad benedictina. San Benito y Santa Escolástica, al poseer una mirada iluminada por la fe, sabían reconocer a Jesucristo en los huéspedes que recibían en sus monasterios y por ello nos recomiendan que en nuestras hospederías «a todos se les reciba como a Cristo», pues que Él mismo ha dicho: «Fui huésped y me recibiste» (RB 53,1).

Seguramente, al final de este Simposio, nos llevaremos a nuestras comunidades una mirada de fe renovada, y así viviremos más profundamente la espiritualidad benedictina en ellas, de las cuales se pide que sean relacionales y abiertas sin que se pierdan, sin embargo, su identidad y sus valores fundamentales. Gracias a la presencia constante del Señor en nuestras vidas, nos renovamos y nos adaptamos a los cambios de época sin, no obstante, perder de vista lo que es esencial y lo que pertenece a nuestra tradición espiritual. De ese modo, el VI Simposio de la CIB se puede volver en un faro a iluminar nuestras comunidades benedictinas presentes en los cinco

## 2. LA VIRTUD DE LA HOSPITALIDAD

La hospitalidad es un valor presente en las variadas culturas del mundo y se la expresa de diferentes maneras de acuerdo a las costumbres de cada pueblo y periodos históricos. Del punto de vista religioso, la hospitalidad trae en sí la idea del deber sagrado de recibir al extranjero que se encuentra lejos de su casa o de su país y que, por ello, necesita protección y cobijo. La hospitalidad es la virtud de amparar a los extranjeros en sus necesidades y hacerlos nuestros prójimos, nuestros amigos, gracias a un acogimiento amable y caritativo. El extranjero, por el ejercicio de la caridad, se convierte en huésped.

A Abrahán se le considera el modelo de la hospitalidad, pues dio cobijo a los tres ángeles peregrinos enviados por Dios (Gn 18,1-15). Este pasaje del Antiguo Testamento revela el celo y la solicitud necesarios para el asilo. Abrahán se percató que el arribo de los tres viajeros le ofrecía una oportunidad para practicar la ley de la caridad y de la hospitalidad. Como explicaron los Santos Padres, el que acogió no se quedó sin la recompensa: el fruto de la hospitalidad de Abrahán fue Isaac, por quien se cumplió la promesa. La hospitalidad hacia el extranjero revela agradecimiento hacia Dios, quien ama a los extranjeros. (Dt 10,18).

En el Nuevo Testamento, Cristo fue recibido como huésped por los hermanos de Betania Marta, María y Lázaro y por el publicano Zaqueo, a quien dijo: «Hoy la salvación ha entrado a esta casa, por cuanto también él es hijo de Abrahán» (Lc 19,9). Mientras caminaban los discípulos de Emaús escucharon, con el oído del corazón, la Escritura explicada por el mismo Cristo y le pidieron: «Permanece entre nosotros, pues cae la tarde y se acerca el ocaso». Jesús entró a quedarse con ellos. Y, estando juntos a la mesa, tomó Jesús el pan, lo bendijo y enseguida lo partió y lo distribuyó. Se abrieron entonces los ojos de los discípulos y conocieron que el forastero a quien habían acogido era el mismo Cristo (Lc 24,13-33). ¡Los hijos de Abrahán acogen al Señor!

A partir del ejemplo dejado por el Maestro, la hospitalidad se volvió una de las virtudes cristianas fundamentales practicadas por sus discípulos. En la Antigua Iglesia, la hospitalidad practicada hacia los mensajeros de la fe servía de apoyo a la propagación de la Buena Nueva, haciéndose una de las causas del éxito misionero de la Iglesia naciente. San Juan Evangelista exhorta a Gayo a ser hospitalario hacia los hermanos de fe: «Carísimo, procedes fielmente actuando así con tus hermanos, aunque extranjeros. Han dado ellos testimonio de tu caridad frente a la Iglesia. Harás bien proveyéndolos del necesario para el viaje, de un modo digno de Dios. Es por el Nombre que se pusieron ellos en camino, sin nada recibir de los gentiles. Debemos, pues, acoger a estos hombres para que nos hagamos cooperadores de la Verdad» (Jn 3, 5-8). La hospitalidad cristiana manifiesta el amor hacia el extranjero y, a la vez, expresa el amor de los cristianos entre sí. Es un aspecto del ágape cristiano.

Recordemos que el autor de la Epístola a los Hebreos recomendaba: «No os olvidéis de la hospitalidad, porque gracias a ella algunos, sin saberlo, acogieron a ángeles» (Heb13, 2). La misma recomendación se hizo en la *Didaqué*: «Acoge a todo aquel que venga en nombre del Señor» (12,1). Practicada en favor de los pobres, la hospitalidad se ha vuelto una de las formas más importantes de la caridad cristiana, especialmente a partir de su institucionalización bajo el emperador Constantino. De ese modo, ha contribuido a la implantación y expansión del cristianismo en el Imperio Romano, según atestigua el emperador Juliano (sgl. IV): «El amor que dedicaban a los extranjeros favorecía al cristianismo».

En el monaquismo cristiano antiguo, la hospitalidad va unida a la obediencia, a la humildad, a la estabilidad y a la libertad de espíritu. San Jerónimo afirmaba que, a nosotros en el monasterio, «la hospitalidad es un tema realmente importante. Recibimos a los que vienen a nosotros con alegría, por temer que les pase lo que les ha pasado a María y José, quienes no encontraron habitación en la hospedería, para que no ocurra que Jesucristo se quede afuera y diga: “Yo era extranjero y no me recibiste”».

El fervor benedictino en el acogimiento de los huéspedes, a su vez, se ha vuelto, a lo largo de los siglos, un elemento característico de los hijos e hijas de San Benito. El cardenal Daniélou reconoció este aspecto al aclarar que «la Regla de San Benito, que guardó fielmente la tradición del cristianismo primitivo, es quizás el texto por el cual más nos comunicamos con la tradición antigua de la hospitalidad. En ella se prescribe expresamente el recibir al huésped como al Señor. A los gestos elementales que encontramos ya en los orígenes de nuestra civilización, la liturgia los hará signos de esa forma soberana de hospitalidad que es la recepción en la Iglesia del Huésped divino. Pero el cristianismo, elevándola a la dignidad de la orden sacramental, no consagra apenas a los antiguos ritos sino que alarga y lleva a la perfección la virtud de la hospitalidad».

El soplo del Espíritu Santo, que ha pasado sobre el Concilio Vaticano II, abrió la Iglesia para las necesidades del mundo actual. El decreto *Perfectae Caritatis* aclara que «es tarea precípua de los monjes prestar servicio, a un tiempo humilde y noble, a la Majestad divina en el interior del monasterio, ya sea dedicándose enteramente al culto divino en una vida silenciosa, ya sea asumiendo legítimamente algunas obras de apostolado y caridad cristiana. Conservando por ello la índole de la propia institución, renueven las antiguas tradiciones de beneficencia y las acomoden de este modo a las hodiernas necesidades de las almas, que los monasterios sean como centros de irradiación para la edificación del pueblo cristiano» (PC, 1244). Don Basilio Penido, antiguo Abad Presidente de la Congregación Benedictina de Brasil, en su comentario sobre la Regla de San Benito, relata que «en los congresos de abades de 1966 y 1967, tras el Concilio Vaticano II, se trató de reflexionar sobre la cuestión del apostolado cristiano revisado en la perspectiva conciliar. Los abades entonces definieron como apostolado propio de la Orden de San Benito la acogida a los huéspedes y a todos los

que frecuentan el monasterio. Es el “apostolado del acogimiento.” El modo de hacer apostolado más adecuado al espíritu y a la Regla de San Benito».

Con este mismo espíritu, en la Constitución Apostólica *Vultum Dei Quaerere* (2016), sobre la vida contemplativa femenina, el Papa Francisco indica a las consagradas «una renovación adecuada a las nuevas condiciones de los tiempos, apuntando los criterios irrenunciables para tal renovación: fidelidad a Cristo, al Evangelio, al propio carisma, a la Iglesia y al hombre de hoy» (VDQ, 7). Sin embargo, pide el Sumo Pontífice para que no nos privemos de nuestra «participación en la construcción de un mundo más humano y, por consiguiente, también más evangélico». «Unidas Dios», pide el Papa, «escuchad el clamor de vuestros hermanos y hermanas quienes son víctimas de la “cultura de lo desechable” o que necesitan simplemente la luz del Evangelio. Ejercitaos en el arte de escuchar, que es más que oír, y practicad la ‘espiritualidad de la hospitalidad’, acogiendo en vuestro corazón y llevando vuestra oración a todo lo que respecta al hombre creado a la semejanza de Dios» (VDQ, 36). ¡Que sea esta nuestra profecía hoy!

### **3. EL ACOGIMIENTO DEL HUÉSPED PARA SAN BENITO**

En su regla, San Benito organiza la comunidad monástica a fin de crear una base de apertura al acogimiento de los huéspedes. El capítulo 53, «De la recepción a los huéspedes», está dividido en dos partes: la primera trata de la recepción a los huéspedes (vv.1-15); la segunda, de las medidas de protección a la comunidad (vv.16-24). El oratorio se encuentra en el umbral entre la comunidad y los que vienen de afuera y por ello la primera parte tiene un vocabulario litúrgico, según la línea de los capítulos litúrgicos y espirituales de la RB. La segunda parte tiene por objetivo la organización del acogimiento y la protección de la vida comunitaria, que debe seguir su curso normal. Como en relación a la hospitalidad, la ley de la caridad es indispensable, pues que es la ley del Señor, San Benito busca el equilibrio al ejercitarla tanto hacia los huéspedes cuanto hacia la comunidad monástica.

Como solía ser costumbre en los monasterios, San Benito designa a un monje para la función de hospedero que, bien como el portero, tomado del temor a Dios, y del fervor de la caridad, es intérprete y representante del monasterio hacia los de afuera (RB 66,4). Tanto el portero cuanto el hospedero tienen la misma visión de fe al acoger a quienes llaman a la puerta como siendo el mismo Cristo. San Benito desea que toda la comunidad participe de la bendición que Cristo da a la comunidad por medio del huésped. El carácter comunitario en la recepción al huésped hace con que la comunidad monástica, al practicar la hospitalidad, sea su gran beneficiaria, pues por su medio recibe la misericordia de Dios en su medio (RB 53,3.14). La hospitalidad es, de ese modo, un don esencial a la vida monástica.

El servicio de la hospitalidad es una labor humilde y, como el primer grado de la humildad es el temor a Dios, que sea el hospedero temiente a Dios (RB 53,21). Como San Benito quiere educar al monje para la humildad, la sabiduría del hospedero nace

de su humildad, de su capacidad de escuchar al huésped, de acogerlo, orar con él, darle de su tiempo y, por medio de su testimonio, edificarlo. San Benito llama la atención para tres categorías de huéspedes a los que se debe dar especial cuidado: los hermanos en la fe, los peregrinos y los pobres. En todos ellos debe «el Cristo ser adorado» (RB 53,7). Semejante pedido exige una mirada de fe hacia el prójimo y reconocer en los humildes, los pobres y los débiles el rostro de Cristo.

En la recepción de los huéspedes, la liturgia de acogimiento (RB 53, 3-14), que adaptamos a nuestras realidades actuales, tiene un papel importante. Ella introduce al huésped en el medio monástico y puede atenuar las tensiones en el acogimiento. A la par en que determina límites insiere el huésped al convivio de la comunidad monástica por medio de la oración. Al acoger el huésped como al mismo Cristo, nos sentimos honrados en servirlo con el gesto que Él mismo nos enseñó a practicar: el lavatorio de pies. Simboliza la fraternidad y la unidad, en las cuales monjas y huéspedes entran en comunión unos con los otros. Aunque no tenemos más en nuestros monasterios la costumbre de lavar los pies a los huéspedes, podemos cumplir el significado del gesto: el servicio humilde y desinteresado y el deseo de entrar en comunión con los demás como expresión de nuestro amor a Cristo.

Para San Benito, la hospitalidad tiene un carácter religioso. Hacer del extranjero un amigo y de las hostilidades hospitalidad es fruto del acogimiento en la fe. La hospitalidad benedictina no es una relación comercial, como ocurre con el turismo o en los hoteles sino una relación de donación y de compartición del don ofrecido, que tiene a Cristo como centro. La hospitalidad practicada en nuestros monasterios hace de este servicio un encuentro con Dios y un sacramental de la presencia salvífica de Cristo en medio nuestro. En los monasterios, quien practica la hospitalidad recibe mucho más de lo que da, y es amado por Dios, «que ama a quien da con alegría» (2Co 9,7).

#### **4. HOSPITALIDAD BENEDICTINA EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN**

En nuestros monasterios acostumbramos adornar las habitaciones de la hospedería con flores, barrer el suelo y, según nos piden San Benito y Santa Escolástica, mantenemos los lechos bien arreglados para recibir a los huéspedes. Cuando abrimos las ventanas de nuestras hospederías para ventilar el ambiente, contemplamos el paisaje que se desvela frente a nosotros. De acuerdo a la ubicación de nuestros monasterios, podemos ver las montañas, las florestas, el mar o la ciudad. A través de las ventanas abiertas de nuestras hospederías, echamos una mirada a la realidad y tomamos consciencia de que pasamos por un cambio cultural en este naciente milenio. Vivimos en un mundo en movimiento, donde ocurre una aceleración del tiempo y una compresión del espacio en virtud de los medios de comunicación y de los transportes cada vez más eficientes. Los avances tecnológicos nos aportan un mundo en constante cambio y con nuevos retos.

El documento de Aparecida, fruto de la V Conferencia General Episcopal Latinoamericana y del Caribe, ocurrida en Brasil el año 2007 aclara que «vivimos en un cambio de época y su nivel más profundo es el cultural» (Aparecida, 44). Los obispos latinoamericanos han constatado que estos cambios ocurren tanto a nivel global cuanto individual: «La realidad social, que en su dinámica actual describimos con la palabra Globalización, antes que cualquier otra dimensión, impacta nuestra cultura y el modo como nos insertamos y nos apropiamos de ella» (Aparecida, 43). El entonces Papa Benedicto XVI, durante el V CELAM, consideró a la globalización como «un fenómeno de relaciones de nivel planetario y una conquista de la familia humana». Manifiesta una profunda aspiración del género humano a la unidad.

No obstante, los obispos latinoamericanos se percataron que, por infelicidad, los valores de las tradiciones locales, que traen en sí lo que hay de verdaderamente humano en los procesos de construcción cultural nacidos del intercambio personal y colectivo, tales como la familia, el espíritu comunitario, la apertura a la trascendencia y la solidaridad, se están perdiendo frente a la imposición de una cultura homogeneizada en todos los sectores como característica de la globalización. Como el mundo postmoderno secularizado, al sobrevalorar la subjetividad individual, debilita los vínculos comunitarios y familiares, uno de los más grandes retos de nuestros tiempos está en buscar el equilibrio entre la nueva noción de individuo aportada por la sociedad postmoderna y la propuesta de vida fraterna en comunión, característica del cristianismo. La fe cristiana libera del aislamiento individualista y nos hace discípulas-misioneras. Los obispos latinoamericanos afirmaron: «no hay discipulado sin comunión» (Aparecida, 156).

A través del testimonio de vida comunitaria, que ya por sí misma es un medio de evangelización, nuestros monasterios pueden volverse locales donde se hace el anuncio del Evangelio por medio de la experiencia de una hospitalidad de comunión. Las hospederías de nuestros monasterios pueden volverse «una escuela al servicio del Señor» (RB Prol, 45) en la cual se enseñe a vivir en comunión por medio del mantenimiento y fortalecimiento de la fe cristiana. Podemos hacer de nuestras hospederías un local de formación de liderazgos cristianos a la luz del Evangelio, solidarias con la vida de los pueblos y que contribuyan para la globalización de la solidaridad y de la justicia internacional, generando de ese modo una cultura de comunión. Los obispos latinoamericanos recuerdan que es importante emplear todo esfuerzo y creatividad en la evangelización y la formación de personas que estén a los niveles de decisión y sensibilizarlos con respecto a las cuestiones de la justicia y de la ética cristianas teniendo en vista el bien común, la lucha en contra de la corrupción, la vigencia de los derechos humanos y la creación de oportunidades sociales para todos (Aparecida, 406).

La espiritualidad benedictina tiene algo que decir a las personas, así a las que llegan a los monasterios como a la sociedad. Algo que resuene en sus mentes como un reflejo de su propia experiencia y de sus valores de vida. Es posible revitalizar el anuncio del Evangelio en nuestras hospederías a partir de un encuentro personal y

comunitario con Jesucristo. Si generamos en el seno de nuestras hospederías una cultura de comunión estaremos llevando a la práctica el significado del gesto del Lavatorio de Pies.

## 5. HOSPEDARSE EN LA CASA DE DIOS

El silencio de los claustros, la arquitectura de las iglesias y la belleza de la liturgia contribuyen a la renovación física, psicológica y espiritual de aquellos que son acogidos en nuestros monasterios. Por medio de una rutina distinta de la que viven en su cotidiano, a los huéspedes se les lleva a la reflexión, a la oración y a la meditación de la Palabra de Dios. El silencio los enseña a habitar consigo mismos (*habitare secum*) y crea un espacio interior en el cual es posible acoger a Dios, a sí mismos y al prójimo. Cuando el huésped se percató, por medio del silencio y de la oración, que es acogido en la casa de Dios, tiene una experiencia de diálogo con su anfitrión. Este diálogo le permite reconectarse consigo mismo y con lo Absoluto, haciendo un rescate de su identidad más profunda.

Muchas veces llaman a nuestras puertas personas que han perdido su identidad y su dignidad, víctimas de las deshumanidades del mundo moderno y de la «cultura de lo desechable» (VDQ, 36). Nuestras hospederías son para ellas un local de reabastecimiento de la vida interior en un mundo exigente y competitivo. Es allí donde pueden alcanzar una nueva comprensión de su existencia humana y religiosa, pues la hospitalidad benedictina revela al huésped su verdadera identidad a la luz de la fe, es decir, su filiación divina. Quien ha encontrado su propia identidad puede estar enteramente presente, puede compartir, puede servir al otro. El rescate de la consciencia de la filiación divina y del sentido de la vida le pasó al Hijo Pródigo que, al volver a casa, fue acogido por su padre misericordioso (Lc 15,11-31).

Un medio privilegiado por el cual ocurre la reedificación de la identidad es la *Lectio Divina*. San Benito se preocupa que el huésped sea fortalecido en la fe, por ello pide que se «lea frente al huésped la ley divina para que se edifique» (RB 53,9). Leer significa meditar, explicar la Palabra de Dios, pasando del texto a la vida. La lectura de la Sagrada Escritura junto al huésped, cuando acogida en el corazón, produce comunión. Para el Papa Francisco, es necesario que la Palabra de Dios se haga principio de comunión para las comunidades, que «son llamadas a acogerla, meditarla, contemplarla, vivirla en conjunto, comunicando y compartiendo los frutos que nacen de esa experiencia. De ese modo podréis crecer en una auténtica espiritualidad de comunión» (VDQ, 19).

Otro elemento generador de comunión y que edifica al huésped en la fe es la Liturgia, de la cual los huéspedes participan, así en la Celebración Eucarística como en la Liturgia de Horas. La oración es el medio privilegiado por el cual la monja sirve a la humanidad. Por medio de la oración se abre un espacio espiritual en el cual, con la solicitud de la caridad, la comunidad monástica y los huéspedes «se asocian en la paz» (RB 53,4). Al ser considerados hermanos y hermanas los huéspedes crean vínculos de

amistad con la comunidad monástica, generando un sentimiento de pertenencia. El que es acogido siente que el monasterio y su comunidad lo quieren y que allí puede ser su casa, su hogar, su *Heimat*. Por otro lado, nosotras las monjas asimismo necesitamos la oración y el apoyo de los huéspedes y de los amigos.

Por ser a un tiempo perene y adaptable a los nuevos tiempos la hospitalidad benedictina, al volverse una hospitalidad de comunión, corresponde a los anhelos de los hombres y mujeres que se acercan a nuestros monasterios. Es por la calidad del acogimiento «repleto de humanidad» que el huésped reconoce que se le está recibiendo en la casa de Dios, la *Domus Dei*, donde predomina la presencia de Dios y a todos los objetos se les considera «vasos sagrados del altar» (RB 31,10). Con el mismo amor con que la hospedera fue acogida por Dios al cantar *Suscipe me Domine*, le acoge ella al huésped. Todas somos, en cierto modo, huéspedes de Dios en Su casa, que es el monasterio. Y Dios es nuestro hospedero.

## 6. EL ROSTRO DEL HUÉSPED

En el Evangelio de San Lucas, nos cuenta Cristo la parábola de un samaritano, que presta auxilio a un hombre al que encontró semimuerto en medio al camino, víctima de asaltantes (Lc 10,29-37). El samaritano demostró un cuidado solícito hacia el hombre herido llevándolo a una hospedería y le dio al hospedero una suma para que lo cuidase hasta que se recuperase. Ahora bien, esta hospedería muchas veces se encuentra en nuestros monasterios. Cuando acogemos con la mirada de la fe a estos huéspedes desfigurados, podemos ver en ellos el rostro transfigurado del mismo Cristo, quien los trajo hasta nosotros.

Las hospederías de nuestros monasterios son un lugar privilegiado donde podemos tener un encuentro con Cristo y mantener «siempre viva la búsqueda por el rostro de Dios» (VDQ, 9). El Documento de Aparecida reconoce a Cristo en los rostros sufrientes de los hombres y mujeres callejeros, de los migrantes, de los enfermos, de los drogadictos, de los encarcelados (Aparecida, 407). Especialmente con relación a los inmigrantes y refugiados que llaman a las puertas de las fronteras de nuestros países, al revés de hostilidad se hace necesario que les sea prodigado «un tratamiento rebotante de humanidad» (RB 53,9). Las hospederías de nuestros monasterios son un lugar importante en el proceso de restructuración de la vida de las personas que pasan por infortunios.

En nuestras hospederías podemos evangelizar a través «de un cuidado solícito en la recepción a los pobres y a los peregrinos porque, sobretodo en la persona de ellos, es Cristo recibido» (RB53, 15). Mtra. Aquinata Böckmann comenta acerca de eso que «en nuestro mundo de pobreza creciente es evidente la importancia de este versículo (RB 53,15), que lleva “una opción preferencial por los pobres”. Pensemos en las regiones del orbe donde la población sufre hambre, las zonas de guetos y catástrofes. Dar y tener buena voluntad ciertamente no basta. Un cuidado solícito comprende la concientización y la activación de fuerzas que existen dentro de los



menesterosos, el auxilio al esfuerzo personal, el trabajo con vistas a mejorar las estructuras, bien como la exhortación profética dirigida a los poderosos. Según San Benito y la Biblia, las dimensiones espiritual y social se interrelacionan de manera indisociable».

San Benito atribuye gran importancia a la humanidad y a la cordialidad, que practicada hacia los extranjeros, se convierte en hospitalidad. Es el fruto de la mirada de fe y se manifiesta en el cuidado solícito hacia los débiles en sus necesidades. El cuidado solícito implica asumir al prójimo en la oración y en el trabajo, en darle de su tiempo, sintiéndose corresponsable por él y en prestarle ayuda de manera duradera y eficaz. Exige una actitud de escucha atenta a lo que dice y necesita. Así es porqué el servicio a los pobres y a los menesterosos es un encuentro con Dios y un medio por el cual se recibe su misericordia. La práctica de la hospitalidad se vuelve un medio de renovación de nuestras comunidades por medio de la actuación del Espíritu Santo.

En una ocasión, acogimos en nuestro monasterio a un joven que hacía tratamiento para la drogadicción. Durante el tratamiento descubrió que tenía en don para las artes plásticas y solicitó a los que le acompañaban a que pudiera pasar un tiempo en nuestra hospedería, a fin de aprender a modelar figuras humanas, pues sabía que trabajamos con restauración de imágenes. Al fin de su estancia entre nosotros, tras haber aprendido a manejar su don para las artes, volvió al local de recuperación y, al final de su tratamiento, en agradecimiento a los días pasados entre nosotros, esculpió una imagen de San Benito que mide poco más de dos metros. Esta imagen de San Benito está hoy en la explanada de nuestro monasterio, desde donde puede contemplar vigilante las montañas del Valle del Río Pardiniho, velando por el mundo.

## **7. EL DIÁLOGO DE LA HOSPITALIDAD**

Tras la lectura de la Palabra de Dios y de la oración, el huésped es acogido para la comida. A través de la comensalía la comunión con el huésped se estrecha. Más allá de ser un medio de hospitalidad y de compartición, el convivir a la mesa genera identidad y mantiene tradiciones y valores. Cuando el alimentarse tiene su contenido ampliado por la comensalía, la realización de una refección adquiere el cariz de un rito y favorece el diálogo. San Benito y Santa Escolástica hacían esta experiencia de comensalía cuando se encontraban cada año con fin a pasar el día loando a Dios y en santos coloquios, según nos relata San Gregorio Magno. Y Dios derramó sobre los dos hermanos muchas bendiciones y gracias por medio de una lluvia providencial.

En tiempos de globalización, los huéspedes que se acercan a nuestras hospederías pueden ser cristianos o pertenecer a otras religiones, pueden ser creyentes o agnósticos. Muchas veces vienen a nuestros monasterios para darse a sí mismos el tiempo y el silencio necesarios a dar nueva significación a sus vidas y manejar temas religiosos y existenciales. En su mayoría son personas que buscan crecimiento espiritual o pasan por un momento de crisis, ya en el trabajo ya en la

familia o vida personal. En su cotidiano practican yoga, meditación o han estado ya en monasterios budistas. Son los nuevos peregrinos. Al recibirlos en nuestras hospederías, el diálogo es el medio por el cual es posible comprender sus verdaderas búsquedas espirituales. Necesitamos estar atentas a sus necesidades, pues que vienen a nuestro encuentro buscando experiencias religiosas auténticas, bien como estar capacitadas a entregarles Jesucristo de manera que puedan comprenderLo en su plenitud.

El mundo actual, caracterizado por la rapidez de las comunicaciones, por la movilidad de las personas y por la interdependencia, crea una nueva consciencia acerca del pluralismo religioso. Las religiones comparten valores esenciales como el amor, la compasión, la igualdad, la honestidad y el ideal de tratar a los demás como queremos que nos traten a nosotros. El Papa Benedicto XVI, en la Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, aclara que «el proceso vertiginoso de globalización, característico de nuestra época, permite vivir en contacto más estrecho con personas de culturas y religiones diferentes. Se trata de una oportunidad providencial para manifestar cómo el auténtico sentido religioso puede promover entre los hombres relaciones de fraternidad universal. Es muy importante que las religiones puedan favorecer, en nuestras sociedades frecuentemente secularizadas, una mentalidad que vea en el Dios Omnipotente el fundamento de todo el bien, la fuente inagotable de la vida moral, el sostén de un profundo sentido de fraternidad universal» (VD, 117). El diálogo entre las grandes religiones involucra los urgentes problemas del mundo actual, tales como la guerra, la violencia, la pobreza, el tema ecológico y la violación a los derechos humanos.

En un contexto de pluralismo religioso, se espera que los monjes y monjas, debido a su sensibilidad con relación a lo sagrado, sean testigos del respeto a las religiones y a las tradiciones espirituales de los variados continentes, a fin de favorecer el entendimiento entre las personas y los pueblos. Los obispos latinoamericanos hacen recordar que «el diálogo interreligioso, más allá de su carácter teológico, conlleva especial significado en la construcción de la nueva humanidad: abre caminos inéditos de testimonio cristiano, promueve la libertad y dignidad de los pueblos, estimula la colaboración para el bien común, supera la violencia motivada por actitudes religiosas fundamentalistas, educa para la paz y la convivencia ciudadana; es un campo de bienaventuranzas que son asumidas por la Doctrina Social de la Iglesia» (Aparecida, 239).

La hospitalidad va unida al carácter ecuménico de la Iglesia. Aunque nos ponga a prueba, el encuentro con la alteridad es un ensayo para la construcción de una verdadera fraternidad humana, en la cual se hacen realidad los ideales de la verdad, de la bondad, de la justicia y de la paz, que constituyen la base para un diálogo verdadero y fraterno. Mientras más preparadas estemos para escuchar y comprender los anhelos espirituales de las personas de nuestros tiempos, tanto mejor discerniremos la búsqueda espiritual de los huéspedes que llaman a la puerta de nuestros monasterios.

Y podremos compartir con ellos cosas nuevas y antiguas de nuestra tradición espiritual benedictina.

## **8. HOSPITALIDAD EN LA COMMUNIO INTERNATIONALIS BENEDICTINARUM (CIB)**

El diálogo iniciado entre San Benito y Santa Escolástica en torno a la mesa se extiende hasta la noche. La comunión entre las comunidades benedictinas femeninas alrededor del mundo se inspira en el pedido de San Benito para que «se dispense a todos el debido honor, principalmente a los hermanos en la fe» (RB 53,2). Sin el soporte de la hospitalidad, la CIB no alcanzaría su más grande objetivo, que es la comunión entre las benedictinas en las diversas regiones del orbe.

El Papa Francisco afirma que «nadie construye el futuro aislándose, ni lo hace apenas con sus propias fuerzas sino reconociéndose en la verdad de una comunión que siempre está abierta al encuentro, al diálogo, al escuchar, al auxilio mutuo». Acautelándose de la «enfermedad de la autorreferencia» el Papa nos pide para salvaguardar «el valor de la comunión entre los variados monasterios como camino hacia el futuro, modernizando y actualizando de ese modo los valores permanentes y codificados de vuestra autonomía» (VDQ, 29).

En ese sentido, la CIB propone la solidaridad entre las comunidades benedictinas, promocionando la ayuda mutua por medio de la compartición de soporte personal, espiritual y material. Se viene constatando, a partir de la experiencia de la CIB, que el diálogo y la ayuda entre las diferentes comunidades fortalece la tradición benedictina al transmitir sus valores de manera experiencial. De entre estos valores se destaca la hospitalidad. Las diferencias entre las comunidades, de hecho, enriquecen la manera benedictina de estar en el mundo y, a la vez, profundizan las raíces de la tradición espiritual en aquello que tiene de esencial.

La CIB también está en sintonía con el momento actual, que nos pide una corresponsabilidad en el cuidado con la vida, pues las generaciones que nos sucederán en nuestras comunidades y monasterios tienen el derecho de recibir un mundo habitable. Cuando recibimos jóvenes en nuestras hospederías ellos nos interrogan en ese sentido. En la carta Encíclica *Laudato Si* el Papa Francisco recuerda que «los jóvenes exigen de nosotros un cambio; se interrogan cómo se puede pretender construir un futuro mejor sin pensar en la crisis del medioambiente y en los sufrimientos de los excluidos». Se hace necesario mostrar a los jóvenes que «la humanidad todavía tiene la capacidad de colaborar en la construcción de nuestro hogar común» (*Laudato Si*, 13), donde todos nos hospedamos.

Las comunidades benedictinas son llamadas, a través de los siglos y alrededor del mundo, a construir la paz. Para Joan Chittister, «la paz no es un romanticismo monástico sino una misión monástica. La paz benedictina proviene de la visión de las Escrituras, del mandamiento para co-crear el Reino, para cultivar, cuidar y vigilar el jardín que se nos dejó (Gn 2,15)». Para la benedictina americana «la paz benedictina

nos invita a valorar al otro. Está fundada en la justicia; dar al pobre; abrir al extranjero; cuidar al enfermo; respetarse mutuamente; reverenciarse recíprocamente; trabajar para la comunidad; proteger la tierra». Nuestros monasterios benedictinos portan consigo esta mirada espiritual sobre nuestro planeta y lo elevan en los puntos donde están inseridas nuestras comunidades, colaborando de esta manera para la construcción de la paz en nuestros tiempos.

Por fin, a nosotras benedictinas se nos llama «a ser especialistas en comunión, tanto en el interior de la Iglesia cuanto en el interior de la sociedad» (Aparecida 218). Que podamos generar comunión entre nuestras comunidades por medio de la hospitalidad, para que nuestro testimonio sea «como un complemento necesario al testimonio de aquellos que, contemplativos en el corazón del mundo, atestigüen el Evangelio permaneciendo plenamente sumergidos en las realidades y en la construcción de la ciudad terrena» (VDQ36).

## 9. CONCLUSIÓN

San Gregorio Magno nos cuenta que, cuando estaba en la cueva de Subiaco, San Benito saludó al sacerdote que vino a compartir con él la refección el día de Pascua, diciendo: «sé que es Pascua, pues he merecido la gracia de verte». Tras explicar el presbítero a San Benito que realmente era el día de la Solemnidad de Pascua, ambos compartieron el alimento traído por el sacerdote, loando al Señor. San Benito dice que los huéspedes nunca faltan a los monasterios y eso es la verdad: el Cristo está siempre presente en nuestras hospederías y está junto a nosotros en nuestra caminata cristiana. Por ello podemos decir, cuando los ojos de la fe se abren: ¡Hoy es Pascua!

La experiencia que vivimos en estos días de Simposio de la CIB, que en cada Región del mundo está representada aquí en Roma, es realmente una experiencia pascal, ¡una primavera! ¡En el Hemisferio Sur de nuestro planeta hoy es primavera! Esta experiencia pascal nos remite al Documento *Nostra Aetate*, del Concilio Vaticano II, que dice: «Todos los pueblos, de hecho, constituyen una sola comunidad. Tienen un origen común, puesto que Dios hizo a todo el género humano que habitara la faz de la tierra. Tiene igualmente un único fin común, Dios, cuya Providencia, testimonios de bondad, y planes de salvación, abarcan a todos, hasta que los elegidos se reúnan en la Ciudad Santa, que será iluminada por el esplendor de Dios, en cuya luz caminarán los pueblos» (NA, 1579).

Somos peregrinas en esta tierra y nuestro destino final es el cielo, donde Cristo nos ha preparado una morada. Él es nuestro hospedero, que nos acogerá en su Reino, la Jerusalén celeste. Pero mientras peregrinamos en este mundo, trabajemos y oremos para que cultivemos una hospitalidad de comunión en nuestras comunidades, en nuestros monasterios y en nuestras Regiones, para que «Dios sea todo en todos» (1Co15, 28).

## PREGUNTAS

- 1) ¿Cómo nuestras hospederías benedictinas pueden contribuir para una hospitalidad de comunión?
- 2) ¿De qué manera los valores de solidaridad, reverencia, comprometimiento con la justicia, la paz y la autenticidad propuestos por la CIB pueden contribuir a una hospitalidad de comunión en nuestras regiones?
- 3) ¿Tienes algún relato de huéspedes que cambiaron sus vidas tras una estancia en la hospedería de tu monasterio? ¿Algún relato de conversión o algún ejemplo edificante que te gustaría compartir con el grupo?

## BIBLIOGRAFÍA

BENEDICTO XVI, **Verbum Domini**. Exhortación Apostólica Post Sinodal. Ed. Paulinas, SP.2010

BÍBLIA DE JERUSALÉN. Ed. Paulinas. São Paulo. Brasil. 1985

BÖCKMANN, Aquinata. **Perspectivas de la Regla de San Benito**. Ed. Lumen Christi. RJ. 1986

CASEY, Michael. **Introducing Benedict's Rule**. EOS Verlag Erzabtei St. Ottilien. Germany. 2006

CHITTISTER, Joan. **Sabiduría que brota del Cotidiano**. Ed. Subiaco. JF. 2004

DANIÉLOU, J. **La Théologie de l'Hospitalité**. *La Vie Spirituelle*, 85 (1951). *Apud* ZAMITH, Joaquim de Arruda. **Enseñanzas de un abad**. Ed. Subiaco. JF. 2005. p. 112.

**Diálogo y Anuncio**. Pontificio Consejo Para el Diálogo Interreligioso. Ed. Paulinas. SP.1996.

**Documento de Aparecida**. Texto Conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Ed. CNBB; Ed. Paulinas; Ed. Paulus. 2007

PENIDO, Basílio. **La Elección de Dios**. Comentario sobre la Regla de San Benito. Ed. Subiaco. JF. 1994.